

EL TALENTO SIN PROBIDAD ES UN AZOTE

RÓMULO GALLEGOS

Discurso pronunciado en la sesión de clausura de la Conferencia Interamericana del Congreso por la Libertad de la Cultura, celebrada en México, en 1956. Fue publicado el 14 de octubre de ese mismo año en la revista cubana *Bohemia*.

Motivos del orden personal, entre ellos mi temperamental resistencia a colocarme en situaciones espectaculares, que no es totalmente una virtud de la cual pueda envanecerme, me han impedido asistir a las sesiones de esta Conferencia en la que se me ha reservado sitio de honor; pero si hoy, por lo menos, no estuviera aquí, ni habría cumplido el fácil deber de cortesía de corresponder a esa honorífica distinción, ni me habría mostrado consecuente con la actitud reiteradamente asumida por mí al pedirle a la intelectualidad de nuestros pueblos acto de presencia responsable en los momentos críticos del destino de ellos. Aquí ha sido

congregada una gallarda representación del pensamiento americano en las distintas lenguas con que expresa sus modalidades propias y nada menos que con la consigna de abogar por la libertad de la cultura y aunque a las deliberaciones de esta Conferencia nada nuevo pueden aportar mis palabras, éstas sólo vienen a fijar mi posición ante el apasionante caso.

Pero como definirse en posiciones de lucha es ubicarse y esto último exige previa exploración del campo que se nos ofrezca, espero que se me permita que comience haciéndome esta reflexión: por la libertad de la cultura dice el Congreso para el cual esta Conferencia trabaja; por la paz, viene diciendo por allá otro y son tan seductores ambos lemas que cabe admitir la posibilidad de que unos mismos hombres asistan sin desdoblamiento a uno y otro, puesto que cultura y paz no son antinomias, sino, por lo contrario, modos de ser que se complementan mutuamente, con la añadidura de que ninguna de las dos puede existir sin libertad. De tal manera que cuando así se ven divididas las inquietudes y las esperanzas humanas en los dramáticos momentos actuales, a nadie



Rómulo Gallegos, por J. C. Rodríguez

debería ocurrírsele que son dos posiciones contrapuestas e inconciliables las que están tirando para aquí y para allá de la suerte del mundo en el porvenir... si no se supiera que una misma palabra puede servir muchas veces para distintas y aun contrarias cosas, como suele ocurrir que sean el convencer y el utilizar. Y de este lado era imprescindible decir con claridad y sin malabarismos mentales de qué cultura se trataba cuando para ella se pedía libertad, a fin de que la gente, la multitudinaria gente de nuestros países hacia la cual debían volcarse las corrientes directoras de pensamiento que manaran de esta Conferencia —sin riesgo de que todo se queda-

se en meditaciones de cónclave aislado de la realidad circundante— pudiera poner corazón y voluntad donde hubiese puesto oídos, sin abrigar sospechas de que fuese algo muy diferente de la cultura aquello para cuya defensa desde aquí se le estuviera invitando. Desde luego, los conceptos de cultura y libertad varían según las épocas y según los países y podemos decir que el primero de ellos, por lo menos, no es exactamente el mismo en Europa que en América ni en la porción de ésta de origen hispánico, o más ampliamente: ibérico; ni aun tampoco, con escrupulosa exactitud, en la que le da asiento a la grandeza y a la prepotencia de los Estados Unidos. Palabra autorizada ya señaló aquí como uno de los peligros que hoy amenazan a la cultura de nuestro continente lo que se podría llamar el maquinismo y a mí me complace la corroboración que así han tenido algunas mías, pronunciadas hace dos años ante una reunión de maestros de español en la Universidad de Oklahoma, a propósito de un criterio de exagerado pragmatismo que tendía a desplazar de la enseñanza universitaria todo lo que no fuese de aplicaciones

prácticas, estrictamente útiles. “Enseñanza —dije allí— formadora de profesionales que hagan cosas visibles y concretas, tanto mejor mientras más parecidos a las máquinas salgan ellos de las aulas, reducido el factor personal estimable en la obra al mínimo de la marca de fábrica —la Universidad donde se formaron—, porque es el espíritu de la máquina —si se me tolera esta paradoja— lo que le imprime carácter al modo actual de la cultura recomendable. ¡Duro tiempo de hierro, de acero! —exclamé, mas para agregar en seguida: —Bueno. No tan duro, en realidad, porque ahora la mayor parte de las cosas se fabrican de plástico, que no es lo que parece ser. La edad de oro de la destreza, que no de la cultura propiamente; pero de la destreza más y más confiada a la eficacia de la máquina.

No es un secreto que los europeos, los europeos cultos y apegados a sus viejas formas que entroncan con Grecia y Roma, temen actualmente ver todo ese mundo de su formación y sus predilecciones barrido por las nuevas corrientes desprendidas del ideario marxista y llevadas al terreno de la política práctica por la revolución rusa; pero aunque por aquí somos herederos de la cultura europea, los más genuinos resplandores de ella no brillan, en realidad, sino en las más cimeras cumbres del intelecto americano —aquí Alfonso Reyes, por ejemplo, sin que sea el único, por supuesto—, mientras los más modestos empinamientos de esa cordillera nos contentamos con que la luz del sol de todos ilumine un poco nuestra tierra. Nuestra manera de sentirla, amarla y pertenecerle. Y mientras, abajo, en la inmensa llanada que sostiene al alto monte, aún nuestros pueblos no han podido aprender todo lo que debieran saber, y, por consiguiente, cuando les hablemos de los peligros que corre la cultura, nada tendría de extraño que se quedaran mirándonos con cierto aire de sorpresa... si no de desconfianza.

Una preocupación semejante a la de los mencionados europeos cultos existe también entre los norteamericanos, pero condicionada por consideraciones del orden práctico, como tienen que ser las que les inspire la ya aludida amenaza contra el poderío económico del gran país de ellos. No me refiero, por supuesto, a los ilustres representantes de la cultura norteamericana que aquí ocupan asientos de responsabilidad entre la estimación de todos los que los rodean, pero rindiéndoles el honor a que son acreedores un Norman Thomas y un John Dos Passos —no hago discriminaciones al citar solamente a los que de ellos me son mejor conocidos—, hombres sin historia de condescendencias ni con la iniquidad ni con el engaño traicionero, puedo agregar que no es tampoco

un secreto que de esa preocupación cuidadosa de intereses materiales proviene, en gran parte, la razón de ser de esta Conferencia que hoy clausura sus actividades en suelo de la América Latina y no por azar escogido para asiento de ella este México donde se pueden defender con dignidad los fueros del espíritu, donde se alzó la voz categóricamente orientadora de Benito Juárez al decir: el respeto al derecho ajeno es la paz.

Pero si queremos ser francos y evitar que se nos tilde de administradores de estupefacientes, debemos tener el valor de proclamar que nuestra preocupación, que la amenaza que nosotros sentimos y en la cual creemos no es el comunismo. No porque de algún modo nos inclinemos a sus formas peculiares de ideología y procedimientos —bien definida tiene ya quien esto dice su posición en el campo de la lucha política por los ideales de la democracia auténtica, sin sacrificio de los fueros de la individualidad— ni porque seamos indiferentes ante los conflictos que nos acarrearía la implantación del comunismo en nuestros países, sino porque la existencia de problemas mucho más contundentes y directos en cuanto a las amenazas contra la cultura entre nosotros, nos obliga, por razones de sinceridad y hasta de simple seriedad, a dirigir nuestros ataques contra otros objetivos. Pues si ya un escritor español calificó cierta vez al continente americano como tierra de la imitación —sin incurrir en desacuerdo absoluto porque en realidad hemos sido imitadores en varios campos de la humana actividad intelectual, por razones obvias—, como ya de mucho de eso nos hemos dejado para ejercitarnos en formas propiamente nuestras, sería deplorable que ahora también nos viésemos obligados a imitar las dolencias ajenas y ante un mal remoto para nosotros, como ya es harto sabido y aquí se ha dicho.

En cambio —repito— tenemos nuestros problemas específicos respecto a la libertad de la cultura. Acaso algunos de los que me oyen preferirían que yo los enfocase como literato simplemente y desde puntos de vista sin relación alguna con la política; pero he de repetir aquí, otra vez más, que los modos del acontecimiento venezolano que han compuesto mis circunstancias, han hecho de mí un préstamo de las puras letras a la política, vigente todavía ese compromiso, por lo que se refiere a confianza de pueblo, el mío, puesta en mí. Y desde esta posición —que, por lo demás, en los tiempos que corren casi no hay otra para quienes, acabado y desacreditado aquello de las torres de marfil, no pueden satisfacerse en ejercicios de inteligencia que no los obliguen a comprensión de las angustias de pueblos que están rodeándolos y a penetración con ellas en cabal mantenimiento de la dignidad intelectual, que no pide solamente abste-

nerse de apoyar los procedimientos de la arbitrariedad y de la inmoralidad políticas o de colaborar con ellas, ni siquiera cohonestándolas con el préstamo ocasional del nombre propio y puro para funciones atañederas a la personal capacidad, sino que exige activa función conductora de la voluntad de pueblo cada vez que pueda estar decidiéndose el destino de aquél a que se pertenece—, desde esa posición, que constituye la mejor experiencia de mí mismo ante un deber exigente, no vacilo en afirmar que la cultura cuya libertad debe ser procurada y defendida en los nuestros —hablo mirando hacia el mío particularmente— no es tanto la que nutra y adorne inteligencia de selección para el menester científico o artístico, sino la cultura social que capacite masas para la buena comprensión de los problemas inherentes a los pedimentos de felicidad colectiva y muy especialmente la cultura cívica adiestradora del ejercicio de soberanía democrática en plenitud de conciencia y de voluntad.

Yo he presenciado en mi país verdaderas manifestaciones de cultura cívica que desmienten rotundamente la socorrida y calumniosa tesis de la inmadurez de mi pueblo para los ejercicios políticos —no el único en nuestro continente del cual se diga tal cosa— como también luego sufrí el atropello llevado a cabo por las fuerzas constitutivas del antipueblo, que allí, como en otras partes también, han estado en su hora más propicia con la irrupción del militarismo local en el campo de las actividades políticas, intromisión que les está vedada a los cuerpos armados en las constituciones democráticas de nuestras repúblicas y que fue apoyada, favorecida o consentida, pero culpablemente en todo caso, por los intereses financieros de propios y también de extraños.

Pues si es cierto que en muchos de nuestros pueblos de origen hispano, en combinación con elementos étnicos a los que se les pueda o se les quiera negar capacidad para ordenados ejercicios de republicanismo y democracia, la historia ha sido una sucesión de zarpazos de la fuerza contra el derecho, de donde un compatriota mío sacó a sus gustos la tesis del gendarme necesario para los mantenimientos de la tranquilidad pública —a la medida de la arbitrariedad gobernante, por supuesto— y si también es verdad que esos gendarmes no han nacido en Washington, esta hora de planteamientos francos me pide replicar que desde allí, de alguna manera, los han amamantado.

Porque bananos en Centro América, petróleo en Venezuela y Colombia y, para endulzar la píldora, azúcar en Santo Domingo y Cuba mejor se les dan a quienes aspiran a pingües negocios tranquilos a la sombra de una espada complaciente que en las inmediaciones de una urna electoral donde una mano de

pueblo meta voluntad de pueblo. Que en ejercicio de cultura fundamental cuya libertad reclama amparo y defensa positivos.

Desde luego, el capital inversionista ejerce una función natural al procurar los más espléndidos beneficios y no es suya toda la responsabilidad de la exacción, pues la mayor parte de ella es de quienes no defienden lo propio con la escrupulosidad y la energía debidas; pero huelga decir que estas excesivas apetenencias de los explotadores de nuestra riqueza que los induce a apoyar y hasta a promover violaciones del derecho y de la ética cuentan a menudo con el respaldo del poderío norteamericano, de donde éste así aparece como cómplice de culpas de las cuales con mayor facilidad nos redimiríamos si fuesen totalmente nuestras.

¿Podrá decirse que me he desviado del tema de esta Conferencia arrojando la brasa para una sardina que no tenía por qué estar en asado? Creo que no, pues todos sabemos que el pensamiento inspirador de esta reunión ha sido el de estimular y agrupar las fuerzas de la democracia americana —que son los instrumentos esenciales de la defensa de la cultura entre nosotros— para realizaciones prácticas que contribuyan al mejor entendimiento entre nuestros pueblos y a los más eficaces modos por los cuales ellos obtengan y retengan el bienestar que, en ejercicio de dignidad, les procuren la felicidad que les sea dable disfrutar.

Las actividades de esta Conferencia han cuajado en buen número de resoluciones adecuadas a los propósitos que ella persigue en pro de la libertad de la cultura y de aquí regresarán sus delegados a sus actividades propias, pero ya con un compromiso de solidaridad y se me ocurre que el mejor modo de cumplirlo sería dedicándonos al empeño de consolidar la voluntad de nuestros pueblos en torno a un pensamiento como el que inspiró aquella Consulta dirigida por el Gobierno del Uruguay, hace once años, a los de los demás países americanos, con el fin de establecer maneras de protección internacional de los derechos del hombre y de acción colectiva de defensa de ellos, y a la cual se adhirió el de Venezuela cuando hombres del partido político al que allí pertenezco tenían responsabilidad mayoritaria en la dirección de los destinos nacionales. No me mueven, pues, a este pedimento impaciencias de desterrado, porque dentro de la hospitalidad mexicana de que disfruto no se me han puesto límites opresores a mi dignidad personal y porque al formular el deseo que se me ha oído expresar no he demostrado sino consecuencia con mi ubicación ideológica.

Tropezó esa mencionada consulta con las susceptibilidades del principio de no intervención de un país en los problemas internos de los demás; pero respecto a ese delicado asunto ya en dicha Consulta se presta-

blecían los modos de dejar a salvo lo que de justo y decoroso contienen esas preocupaciones y, por otra parte, bien pueden venir a caso, entre nosotros, las palabras del norteamericano Adolph Berle en una conferencia convocada hace poco por la Asociación Interamericana de la Prensa: “No intervención no significa nunca que no puede haber intervención por medio de las ideas”.

Y ésta es la función específica de los hombres de pensamiento que aquí se han reunido, pues si los regímenes dictatoriales implantados en nuestra América se entienden mutuamente a sus anchas y se prestan servicios recíprocos de represión, del mismo modo —en planos superiores, desde luego— deben prestar-

se mutuos auxilios las fuerzas democráticas que en nuestro continente corren una misma suerte y son los hombres de pensamiento liberal, democrático, quienes deben orientarlas y conducir las hacia al entendimiento unánime creador de fuerza solidaria.

Porque si nadie podía dudar de la claridad de inteligencia que brillaría en las deliberaciones de esta asamblea, a nadie, tampoco, debe inducirlo el pesimismo a repetir, por este caso, aquellas palabras del Grande Hombre de América que fue el Libertador de mi patria: “El talento sin probidad es un azote”.



RECORDATORIO: FOTOS DE CARNÉ: BLAS DE OTERO

FERNANDO QUIÑONES

Publicado en la revista *Zurgai*, Bilbao, noviembre de 1988. Número dedicado a Blas de Otero.

No en el tipo feble, un tanto chepudillo, sino en el perfil del rostro y el corte de pelo, algo había de medio centro bilbaitarra en sus partidos finales, compadre de Zarra y de Piru Gainza en correrías al área de gol.

Dos cosas le pesan a uno ahora: no haber reconocido a Blas la última vez que lo vi, en la presidencia de la populosa cena madrileña con que se festejó en el 77 el retorno de los Alberti, y el corto lugar que algunos vienen dándole en su tierra porque no escribió en euskera y, me temo, por su inacabable querer a España entera; desdén aún menos comprensible si se recuerda, sin que lo estorben fanatismos, no ya la vigente dimensión y hermosura de su poesía, sino su inquebrantada conducta: a vasco y a rojeras, a rebelde y a echarle más pelotas a serlo, ¿quién? Además, dando la cara.

Amasaba toda la fuerza y la pesadumbre que en muchos puedan caber; tan lo suyo era un tono supervital, alegre, cálido, como oscuros y raudos desalientos, ese “justo pesimismo” detectado en otros autores por el Borges que será un facha y nada más para quienes hoy silencian a Blas (sé lo que digo) en ágoras e ikastolas. De ahí que en el Bilbao en que lo traté al principio en cuatro o cinco viajes, no entendiese el chaval que yo era aquellos batacazos de cara y ánimo, sus saltos de la felicidad a la depre. Como cuando, en la cola dominguera de un cine céntrico bilbaíno para ver con el pintor Morquecho *El salario del miedo*, nos dijo adiós de golpe casi llegados ya a la taquilla y no se dejó ver en tres días luego de haber convivido otros tres a sol y sombra. La misma mañana de aguas en que, por primera vez, llamé a su puerta de la Alameda de Recalde, le aclaré algo

a mi tonta bisoñez, que le preguntó cómo un comunista de su fe no iba en solidarias alpargatas obreras. Y:

-No es eso. Se trata de que todos lleven zapatos. Todavía no ves. También yo estaba nada más que en lo mío y un buen día vi. Como cuando sube el telón en el teatro y empiezas a verlo todo, ¡así de pronto!

Cuánto vaivén, solos o con otros, por el Bilbao de sus apegos y sus descontentos, el de su oda:

*Laboriosa ciudad, salmo de fábricas
donde el hombre maldice mientras rezan
los presidentes de Consejo, oh Altos
Hornos, infiernos hondos en la niebla.*

Tardes de Neguri, versos, sardinadas y txacolí, sus reniegos de —y su amor por— Unamuno, los bailes de chachas en Archanda con el bocho a los pies, movidas nocturnas por El Arenal, chiquiteos a la sombra ferruginosa de San Antón. O, si yo andaba con pelas frescas, la alta calle de Las Cortes y la luz de sus burdeles infalibles; detrás del sirimiri, “cuerpo de la mujer, fuente de llanto”...

Hace poco que le pasé a su esposa, Sabina, la foto vestido de torero con cuatro o seis años que Blas me dedicó en Octubre del 53 (“Al poema, como al toro, con valor y gracia, Fernando”), y que conté en una mesa redonda el matiz entre tristón y cachondo, pero de algún modo orgulloso, con que me definió la estética urbana de Bilbao señalándome desde el tren un enorme, circular y herrumbroso armatoste metálico en el gris rojizo de la ría:

-Eso es nuestra octava real y nuestra Alhambra.